

23rd Sunday Year A 6th Sept 2020

(Ez 33:7-9; Rom 13:8-10; Mt 18: 15-20)

In a little church in a small village, an altar boy serving the priest at Sunday Mass accidentally dropped the cruet of wine. The village priest struck the altar boy sharply on the cheek and shouted, "Leave the altar and don't come back." That boy became Tito, the Communist leader. In the cathedral of a large city in another place, another altar boy serving the bishop at Sunday Mass also accidentally dropped the cruet of wine. With a warm twinkle in his eyes, the bishop gently whispered, "Someday you will be a priest." Do you know who that boy was? Venerable Archbishop Fulton Sheen. There was another altar boy in a small village church, serving the Italian missionary priest. This priest kicked the boy in the chest as he forgot to ring the bell during the consecration. This boy was me. I am here today. I am here today as a priest because the same priest recommended me to the apostolic seminary in my high school.

How do you deal with others who have caused problems for you? Jesus has the answer in today's Gospel: with straight talk, due process, but most of all, with grace.

The common theme of today's readings is God's command concerning our spiritual responsibility and individual accountability for others in our families, parish and community. This accountability arises from our identity as God's children. As brothers and sisters in Christ, we become each other's "keepers," and take on a painful responsibility.

In the first reading, God tells Ezekiel that he is to be a "*watchman for the house of Israel*," obliged to warn Israel of moral dangers. If Ezekiel should refrain from speaking God's word given to convert the wicked, God will hold Ezekiel responsible for the death of the wicked.

In the second reading, St. Paul points out that the love we should have for one another should be our only reason for admonishing and correcting the

sinner. Love seeks the good of the one who is loved. Therefore, we should admonish one another so that we all may repent and grow in holiness.

In today's Gospel, Jesus teaches that true Christian charity obliges a Christian, not only to assist his neighbors in their temporal and spiritual needs with material help and prayer, but also to aid with correction those brothers and sisters who have damaged the community by public faults. If the erring one refuses a one-on-one, loving correction by the offended party, then the Christian is to try to involve more people: first, "*one or two others*," and eventually "*the Church*." Finally, Jesus mentions the efficacy of community prayer in solving such problems, for Christ is present in the praying Christian community.

Modern believers tend to think that they have no right to intervene in the private lives of their fellow believers. Others evade the issue saying, "As a sinner, I don't have the moral courage or the right to correct anyone." But Jesus emphatically affirms that we are our brothers' keepers, and we have the serious obligation to correct others. We need to offer advice and encouragement to our friends, neighbors, and coworkers when it is needed.

Today's Gospel reminds us of the good we can do together, and of how we can do it. Jesus says, "*Where two or three are gathered in my name, I am there among them*." If any group of us gather, work, and act with the Holy Spirit guiding us, we will become much more than simply the sum of our numbers. The communities or the ministries should become Christ centered and not individual or money centered. Today, Jesus makes it clear how important we are to one another. One in Christ, our community can draw on God's power to make His healing, life-giving love, more effective among His people. Amen

Julian Policetti

SMD&SF Rosamond

23er domingo Año A 6 de septiembre de 2020

(Ez 33: 7-9; Rom 13: 8-10; Mt 18: 15-20)

En una pequeña iglesia en un pequeño pueblo, un monaguillo que servía al sacerdote en la misa dominical dejó caer accidentalmente la vinagrera de vino. El sacerdote de la aldea golpeó al monaguillo con fuerza en la mejilla y le gritó: "Deja el altar y no vuelvas". Ese chico se convirtió en Tito, el líder comunista. En la catedral de una gran ciudad en otro lugar, otro monaguillo que servía al obispo en la misa dominical también dejó caer accidentalmente la vinagrera de vino. Con un cálido brillo en sus ojos, el obispo susurró suavemente: "Algún día serás sacerdote". ¿Sabes quién era ese chico? Venerable arzobispo Fulton Sheen. Había otro monaguillo en una pequeña iglesia del pueblo, sirviendo al sacerdote misionero italiano. Este sacerdote le dio una patada en el pecho al niño porque se le olvidó tocar la campana durante la consagración. Este chico era yo. Estoy aquí hoy. Estoy aquí hoy como sacerdote porque el mismo sacerdote me recomendó para el seminario apostólico en mi escuela secundaria.

¿Cómo tratas a otras personas que te han causado problemas? Jesús tiene la respuesta en el Evangelio de hoy: con palabras directas, debido proceso, pero, sobre todo, con gracia.

El tema común de las lecturas de hoy es el mandato de Dios con respecto a nuestra responsabilidad espiritual y la responsabilidad individual por los demás en nuestras familias, parroquia y comunidad. Esta responsabilidad surge de nuestra identidad como hijos de Dios. Como hermanos y hermanas en Cristo, nos convertimos en los "guardianes" de los demás y asumimos una responsabilidad dolorosa.

En la primera lectura, Dios le dice a Ezequiel que debe ser un "centinela de la casa de Israel", obligado a advertir a Israel de los peligros morales. Si Ezequiel se abstiene de hablar la palabra de Dios dada para convertir a los malvados, Dios hará responsable a Ezequiel por la muerte de los malvados.

En la segunda lectura, San Pablo señala que el amor que debemos tener unos a otros debería ser nuestra única razón para advertir y corregir al pecador. El amor busca el bien del amado. Por lo tanto, debemos advertirnos unos a otros para que todos podamos arrepentirnos y crecer en santidad.

En el Evangelio de hoy, Jesús enseña que la verdadera caridad cristiana obliga al cristiano, no solo a ayudar a sus vecinos en sus necesidades temporales y espirituales con ayuda material y oración, sino también a ayudar con la corrección a los hermanos y hermanas que han dañado a la comunidad por faltas públicas. Si el que yerra se niega a una corrección amorosa de uno a uno por parte de la parte ofendida, entonces el cristiano debe tratar de involucrar a más personas: primero, "uno o dos más", y finalmente "la Iglesia". Finalmente, Jesús menciona la eficacia de la oración comunitaria para resolver tales problemas, porque Cristo está presente en la comunidad cristiana orante.

Los creyentes modernos tienden a pensar que no tienen derecho a intervenir en la vida privada de sus compañeros creyentes. Otros evaden el tema diciendo: "Como pecador, no tengo el valor moral ni el derecho de corregir a nadie". Pero Jesús afirma enfáticamente que somos los guardianes de nuestros hermanos y tenemos la seria obligación de corregir a los demás. Necesitamos ofrecer consejos y aliento a nuestros amigos, vecinos y compañeros de trabajo cuando sea necesario.

El evangelio de hoy nos recuerda el bien que podemos hacer juntos y cómo podemos hacerlo. Jesús dice: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo entre ellos". Si algún grupo de nosotros nos reunimos, trabajamos y actuamos con el Espíritu Santo guiándonos, seremos mucho más que simplemente la suma de nuestros números. Las comunidades o los ministerios deben centrarse en Cristo y no centrarse en el individuo o el dinero. Hoy, Jesús deja en claro lo importantes que somos los unos para los otros. Una en Cristo, nuestra comunidad puede aprovechar el poder de Dios para hacer que su amor sanador y vivificante sea más eficaz entre su pueblo. Amén

Julián Policetti
SMD y SF Rosamond